

Se habrían editado quizá apenas unos 60 números de nuestro diario cuando tú, viejo y querido amigo de los tiempos de *El Día* (frente zarquiata, ojos tristes que están siempre tristes, bigote zapatista, barriga villista, pana y pinta de bohemio y *boulevardier*, nobleza en transpiración, sal de la tierra, poeta de la amistad), me invitaste a colaborar. Aun si no hubiera yo visto nunca esa publicación de formato audaz y el logotipo audacísimo, habría tenido que aceptarla y confiar en ella por tus solas palabras. Ese Becerra Acosta que pintaste entonces tan apologeticamente... correspondía al original. Pero no me aclaraste, siquiera para fines de autodefensa, que era un personaje dostoyevskiano —y más concretamente de los *Bratia Karamázovi*. Esto tuve que descubrirlo por mí mismo al precio justo. Pero ahora mi patrimonio moral se ha enriquecido con la fraternidad de ese ciudadano al que Carmen Lira se ha referido, en conversación privada que no puedo divulgar excepto si quiero, recordando cómo hay muchos que se pasan la vida hablando admirativamente de los hombres de excepción pero luego no reconocen a uno de ellos cuando lo tienen enfrente. Estoy, pues, de acuerdo contigo y con nuestra guerrillera periodística mexicano/nicaragüense/salva-

Carta a Payán

23/VIII/80
Rodolfo F. Peña

doreña (por ahora). Yo podría, hoy que celebramos la proeza deportiva de las mil noches, aportar algunos datos por mi cuenta sobre el enigma de Becerra; pero no quisiera que mi artículo fuera ferozmente mutilado o rechazado si denuncio, por ejemplo, que el ogro no se alimenta de carne humana sino de humanismo.

Gracias, pues, *Carlos El Payán*, por haberme embarcado en este navío que no esperó nunca señales de mar en calma para zarpar, que levó anclas como en la fiebre de la locura y consigue mantener el rumbo cuando casi todos los demás prefieren disfrutar del abrigo y las luces del puerto. En el cuaderno de bitácora, este día el *uno* se acompaña concupiscentemente de tres ceros potenciadores; y habrá más, porque seguiremos navegando, y con vida, mientras haya capitanes como los que tenemos (el sobredicho, tú y ese Héctor que no sucumbirá an-

te ningún Aquiles porque no es troyano ni mitológico, sino mexicano del sureste y gente de la historia y vive bajo el sacro auspicio de ciertos ángeles). Y, desde luego, mientras haya marineros como los nuestros, debidamente organizados y que no confunden respeto con servilismo pero tampoco independencia con estupidez política. Y hay que ver también a los oficiales medios, hombres solidarios, de buen humor (generalmente báquico), conocedores de todos los secretos de la navegación de altura y con los cuales no encallaremos. Por último, Carlos, una confesión. Tú que no escribes regularmente textos firmados, desconoces las angustias de un editorialista como el suscrito que tiene que esforzarse cada semana por alcanzar el nivel de sus colegas —nacionales e internacionales— o por lograr, al menos, que el paso a desnivel no sea tan vergonzoso. Es mi caso pero te ruego que seas discreto y te limites a absolverme generosamente tras una razonable penitencia, porque he observado que cuando uno se flagela con la autocrítica siempre se forma una rueda de curiosos que cuidan con gran celo de que nada falte. Te envío, con estas líneas, un abrazo tan abarcador como tu barriga centauresca lo permita.